

NOTAS

El acto de “leer” en *Un viejo que leía novelas de amor.*

Aproximación a Luis Sepúlveda

JUAN D. CID HIDALGO*

“Hoy lucho a solas con una palabra.
La que me pertenece, a la que pertenezco;
¿cara o cruz, águila o sol?”

OCTAVIO PAZ

Con la publicación de *Un viejo que leía novelas de amor* (Barcelona, Tusquets, 1994), Luis Sepúlveda se abre un espacio importante dentro de las letras castellanas y en especial dentro de las letras chilenas del último tiempo.

Este relato nos presenta la historia de un viejo aventurero en la selva amazónica, su paso por los laberintos del sufrimiento y la soledad que no disminuirían sino hasta el descubrimiento y “lectura” de novelas amorosas. Es así como el embrujo causado por las novelas de amor permitía aminorar y olvidar la barbarie humana, a la vez que acceder al conocimiento almacenado en los libros. El acto de leer, entonces, cobra suma importancia.

“NOVELAS QUE HABLAN DE AMOR...”

A los quince años de edad, momento en que negocian su matrimonio. Antonio José Bolívar Proaño comienza un peregrinar de sufrimiento, dolor

*JUAN D. CID HIDALGO: Profesor de Español. Magister en Literaturas Hispánicas. Universidad de Concepción.

y desesperanza. En primer término, Dolores Encarnación del Santísimo Sacramento Estupiñán Otavalo (su mujer) es, como su nombre parece indicar, la portadora de la desgracia y el sufrimiento a Antonio José.

Debido a la esterilidad de Dolores, debe soportar las habladurías de la gente e intentar salir de su mala condición económica; cansado de esto y fallecida su suegra deciden irse del pueblo para radicarse en el Idilio, lugar en que Dolores consuma su sino dos años más tarde al contraer malaria.

Fueron duros los años posteriores a la muerte de Dolores, aunque nunca murió su recuerdo ni dejó de ser la inspiración para salir adelante y ganarle a la vida: “Los hombres lo perdonan todo, menos el fracaso”. No le quedaba otra alternativa, “estaba obligado a quedarse, a permanecer acompañado apenas de recuerdos. Quería vengarse de aquella región maldita, de ese infierno verde que le arrebatara el amor y los sueños” (1994: 44).

Mientras vivió con los shuar fue visto como extranjero, entre los suyos, de igual manera. Estaba condenado a la orfandad hasta que se siente, por un hecho muy particular y clave en el texto, adoptado por la selva: “A los cinco años de estar allí supo que nunca abandonaría aquellos parajes. Dos colmillos secretos se encargaron de transmitirle el mensaje” (1994: 46). Este mensaje entregado por la mordedura de la víbora lo podemos leer como el envenenamiento (“encantamiento”) que sufre Antonio José por los parajes selváticos, el veneno de la selva es un veneno de seducción, que lo deja prendido a ese “infierno verde” que con el correr del tiempo se transforma en un Edén.

Podríamos decir, entonces, que la mordedura de la víbora es metaforizable a la mordedura de la selva (que en el texto es percibida como un ser viviente). Es tal el encantamiento y el embrujo que provoca la selva en Antonio José que en adelante será quien más la conozca y la ame.

“Muchas veces escuchó decir que con los años llegaba la sabiduría, y el esperó, confiando en que tal sabiduría le entregara lo que más deseaba: ser capaz de guiar el rumbo de los recuerdos...” (1994: 86). Transcurridos los años de su juventud, Antonio José comienza a orientar su vida en pos de un objetivo claro: la adquisición de la sabiduría o conocimiento. Debido a esto la vejez comienza a ser deseable, lo que nos hace inferir que la juventud llena de sufrimiento de Antonio José es una especie de Vía Crucis, donde la ascensión va desde el “infierno verde” a la “gloria” de la vejez, en la cual se accede al conocimiento. “Una mañana Antonio José Bolívar descubrió que envejecía al errar un tiro de cerbatana” (1994: 53). A esta altura del relato

aparece, en la vida del viejo, el instrumento conductor del conocimiento por excelencia: la lectura.

¿Puede ser percibida en el texto la vejez como deseable si es la etapa final de la vida, la decadencia? Es bastante singular esta situación, ya que en realidad el texto se construye como una apología a la vejez-sabía, paradójicamente se percibe también como el comienzo de la destrucción, en definitiva, el comienzo de la muerte; y lo único que puede salvar al hombre de ella es la lectura: “Fue el descubrimiento más importante de toda su vida. Sabía leer. Era poseedor del antídoto contra el ponzoñoso veneno de la vejez” (1994: 62).

Por un lado, entonces, llega la vejez deseada y, por otro, la vejez veneno. Quien se encarga de solucionar esta contradicción vital es la “lectura”. Podemos decir que el encuentro de Antonio José con la lectura es fortuito, recordemos el episodio en que hay elecciones y sólo pueden votar los ciudadanos que saben leer, es en este momento en que descubre que sabe hacerlo, noticia que lo llena de orgullo y alegría. De cierta forma este descubrimiento de “saber” leer es una especie de nacimiento a un mundo nuevo y amplio.

Con la llegada de la vejez y la lectura termina el calvario de Antonio José y comienza el dominio sobre sus pares, y mejor aún, sobre la selva a quien por mucho tiempo estuvo sometido. Pero también comienza una nueva ascensión, a otro territorio intangible, al territorio de lo abstracto; al mundo de las ideas siguiendo a Platón. La lectura llega a llenar un vacío existencial que se había producido después del desapego de los shuar: “Durante su vida entre los shuar no precisó de las novelas de amor para conocerlo” (1994: 51). El viejo, como se le comienza a nombrar en adelante, a través de la lectura de novelas amorosas “bien tristes, con mucho sufrimiento a causa del amor, y con final feliz”, reconoce que son éstas y no otras, de tema distinto, las que pueden llenar el vacío que deja la soledad. Esta actividad le sirve de evasión: “prefería no pensar, dejando los pozos de la memoria abiertos para llenarlos con las dichas y los tormentos de amores más prolongados que el tiempo” (1994: 71).

Sin duda, de su conversación con el cura y de lo singular de su lectura de San Francisco, el viejo acrecienta sus deseos de conocer a través del vehículo transmisor del conocimiento por excelencia: los libros, y su actualización a través de las lecturas. Esto mismo nos hace pensar que el viejo pudiera haber asociado la lectura con la devoción religiosa con todo lo que esto implica.

Decidido después de esta conversación viaja al Dorado para estar más cerca y en contacto con los libros. En este viaje conoce a una maestra, quien lo instruye en el arte de leer. *Corazón* y el *Rosario* de Barclay fueron sus inspiraciones para seguir en el camino del conocimiento, claro está que este camino no estuvo exento de dificultades. La gran dificultad con la que se encontró fue su falta de referentes concretos al momento de leer, un episodio clave es aquel en que el viejo está leyendo la descripción de los canales de Venecia, para él era imposible pensar siquiera que una ciudad estuviese permanentemente anegada y que su medio de transporte se llamara Góndola. Otro episodio clave de esta problemática es cuando revisa algunos libros de geometría, cuyo lenguaje le hace desistir por un momento si valía realmente la pena el saber leer. Todos estos temores y problemas que sufre el viejo fueron superados por su anhelo de conocimiento y el “encantamiento-envenenamiento” que el tema amoroso, al igual que la selva, ejerce sobre él.

De esta manera se da la evolución del personaje, desde las tinieblas de la ignorancia a la luz del conocimiento otorgado, por un lado, por la vejez (experiencias de vida dada en el transcurso de los años) y por el nacimiento al mundo de las ideas a través de la lectura de novelas de amor.

“QUIERO QUE ALGUIEN RELEA CON PASION LO QUE HE ESCRITO” (A. MUSSET)

No cabe duda que Sepúlveda es un apasionado aventurero como también lector, en *Un viejo...* es casi imposible leer el episodio final y no recordar la célebre novela de Hemingway *El viejo y el mar*.

No sólo se asemejan a nivel de la “fábula”, sino también a nivel de la construcción del personaje. Santiago, personaje de Hemingway, y Antonio José, de Sepúlveda, son dos viejos marcados por la desgracia y el dolor. El primero, al llegar la vejez después de una juventud de esplendor y éxito se encuentra con la decadencia, con el comienzo del fin de su vida, con la “mala suerte” como él la llama: “Pero después de cuarenta días sin haber pescado... el viejo estaba definitiva y rematadamente ‘salao’, lo cual era la peor forma de la mala suerte”. (Hemingway, Ernest, *El viejo y el mar*, Chile, Planeta, 1991: 7). A Antonio José le ocurre lo inverso, con la llegada de la vejez comienza su verdadera vida, luego de largos años sin esplendor ni éxito. Atendamos al siguiente esquema:

SANTIAGO

JUVENTUD	VEJEZ
Sabiduría	decadencia
éxito y esplendor	“mala suerte”

PESCADOR

ANTONIO JOSE

JUVENTUD	VEJEZ
decadencia (ignorancia)	sabiduría
“mala suerte”	éxito y explendor

CAZADOR

La actividad de uno como de otro viejo es la de atrapar animales (combatirlos) en su medio natural. Santiago mataba para poder comer, Antonio José, por razones bien justificadas y de fuerza mayor, ambos con un gran respeto hacia sus enemigos. Antonio José combate a la tigrilla y su muerte es una cuestión de humanidad.

El animal mataba para vengar la muerte de su pareja a manos de unos gringos aventureros (extranjeros) que llegaron a desequilibrar la armonía de la selva: “La hembra no cazaba... esperó al ataque final (el viejo)..., pero no atacaba... De improviso, rugió, triste y cansada, y se echó sobre las patas... La débil respuesta del macho le llegó muy cerca y no le costó encontrarlo... El animal apenas respiraba y la agonía se veía dolorosísima... –¿Eso buscabas? ¿Que le diera el tiro de gracia?... Puso los dos cañones sobre el pecho del animal. –Lo siento, compañero. Ese gringo hijo de la gran puta nos jodió la vida a todos– disparó” (1994: 126, 130).

Este hecho crea un vínculo entre la tigrilla y Antonio José, lo que lo llevaría al acto de humanidad por excelencia: el sacrificio de la tigrilla.

Santiago, por su parte, crea un vínculo con el pez, llega en un momento muy importante de su vida (ochenta y cuatro días sin pescar nada: “mala suerte”). La llegada del pez es la luz de esperanza hacia un futuro mejor que, en definitiva, no se da. El enfrentamiento entre hombre y bestia, al igual que en *Un viejo...*, es de carácter épico, existe honorabilidad entre los combatientes, en ambos casos los enemigos llegan a amarse. Santiago dice: “he matado a este pez que es mi hermano...” (1991: 89). Tanto para Santiago como para Antonio José el que le ocurriera algo a la bestia es como si a ellos mismos les hubiese sucedido: “No le agradaba ya mirar al pez porque había sido mutilado. Cuando el pez había sido atacado, fue como si hubiera sido él mismo” (1991: 96), y “Ese gringo... nos jodió la vida a todos... Pudo ver

la sangre resaltando de la pata del animal, al mismo tiempo, que un intenso dolor en su pie derecho... Varios perdigones le habían penetrado el empeine. Estaban igual. Los dos heridos” (1994: 130, 135).

Las relaciones entre los combatientes de estas novelas podemos decir que son contrarias a la regla general; Santiago y Antonio José no odian a su enemigo, lo aman. El primero lo siente su hermano y lo protege del ataque de los tiburones, el segundo mata a su enemigo porque es lo mejor para él. Por esto mismo, ninguno de los dos viejos se siente vencedor o superior a su oponente, al contrario, ambos sienten mucho la pérdida de su par (“doble”). Antonio José “...lo acarició, ignorando el dolor del pie herido, y lloró avergonzado, sintiéndose indigno, envilecido, en ningún caso vencedor de esa batalla” (1994: 136). Santiago se decía a sí mismo: “Lo amabas cuando estaba vivo y lo amabas después” (1991: 99).

Para terminar debemos decir que ambos personajes se refugian en la lectura, propuesta que en el caso de Antonio José queda suficientemente argumentada en las líneas anteriores. *Un viejo...* termina después de la batalla del viejo con la tigrilla, cuando éste vuelve herido a el Idilio “...a su choza, a sus novelas que hablan del amor con palabras tan hermosas que a veces le hacían olvidar la barbarie humana” (1994: 137). La lectura es el consuelo de Antonio José. En el caso de Santiago, luego de dejar los restos del pez en la playa, se va a su casa y le pide al muchacho que le traiga el periódico para enterarse de lo que había sucedido en su ausencia. Ambos viejos, entonces, encuentran en la lectura un momento de evasión y olvido momentáneo de los hechos que los hicieron sufrir.

En otros sectores del texto, aparte de la clara influencia de Hemingway, es posible percibir que en cuanto a la construcción del personaje principal, *Un viejo...* estaría dentro del esquema de la novela policial. Así, Antonio José podría ser el doble de Sherlock Holmes, mítico personaje creado por Sir Arthur Conan Doyle y que se da a conocer por primera vez en la novela *Estudio en escarlata* (Madrid, Anaya, 1982). Algunos indicios de ello podemos encontrarlos al recordar, por ejemplo, que el viejo leía con una lupa y siempre resolvía correctamente los problemas de asesinatos o muertes que ocurrían en situaciones oscuras; o el caso del primer cadáver relatado en el texto donde la opinión de la mayoría se inclina por creer que se trataba de un machetazo, sin embargo, el viejo, cual Sherlock, intuye que no es así. Su aguda percepción lo lleva a deducir acertadamente la solución del caso.

El viejo, al igual que Holmes, no sabe, o conoce, nada aparte de lo

